

esto hago punto final, no diciéndote una palabra de la rapidez con que se despachan los equipajes, que á la media hora de la llegada se hallan ya en poder del viajero, y otras cosas tan asombrosas como todos sabemos y hemos sufrido.

Con las ciudades, como con los individuos, la primera impresion anima y prevalece mucho en nuestro ánimo; una primera vista nos hace una cosa agradable ó repulsiva, y lo propio sucede con las poblaciones, que realmente no son más que reflejos del carácter del hombre. Esto, pues, hizo indudablemente que la que recibí al penetrar por la anchurosa calle de la Independencia, con el sencillo paseo, elegante salon de Santa Engracia, no pudo ser más grata. La hora, las siete de la mañana; el fresco ambiente de un cielo azul y despejado, el suelo fresco por el riego, las verdes acacias del paseo, las alegres fachadas de las casas, la salud rebosando en el rostro de las frescotas sirvientas, que llevan en sus carrillos el aterciopelado color de sus famosos melocotones, tenía tal color local y tal carácter que me encantaba.

Apenas me hube apeado del ómnibus en el tan conocido hotel del Universo, propio del famoso Fortis, y digo conocido pues que apenas habrá en Madrid quien habiendo ido á Panticosa no recuerde este nombre unido á aquellas simpáticas diligencias que tan en peligro ponian nuestra humanidad en los entónces difíciles pasos del puente de Murillo y los célebres Mallos. Eran ya las ocho de la mañana; el fresco convidaba á desentumecer las piernas con un agradable paseo, y reforzado el estómago con un rico chocolate, tomé mi cartera y lancéme á la ventura, sin guía ni plan: mi objeto sólo era ver, pero por mí, sin preparacion; queria hallar yo las obras de arte, las bellezas, los encantos, sin necesidad de los mecánicos oficios de un *tercero* ó cicerone. De esta suerte recorrí calles, callejuelas, travesías y pasadizos, enriqueciendo mi cartera con preciosos detalles de ornamentacion arquitectónica. Visité la iglesia de San Carlos, grandiosa, pero pesada al mismo tiempo con sus dorados y hojarasca que la roban su primiva grandeza. La Magdalena, con su preciosa fachada y torre de ladrillo, esmaltada con el claro-oscuro de sus alicatados y salientes, que la hacen, cual á las otras de este género, aparecer como pardos encajes de pesada materia, que brilla, revive y parece palpitar al dulce y ardiente beso del sol. Girando por intrincado laberinto de antiguas calles en que sus anchos portales y melancólicos patios recordaban el ruido del arnés y el acompasado de la litera, vine á dar en la iglesia de San Pedro Nolasco, que nada encierra de notable, excepto alguna buena escultura.

JOAQUIN CASAÑ.

(Se continuará.)

DE COLONIZACION

Entiendo que una de las causas tristes de nuestro presente atraso es el vuelo exagerado que á nuestras aspiraciones damos siempre y en todas partes. Limitémonos á lo que vemos y tocamos diariamente; tal vez así encontremos remedio fácil á males que parecen superiores á nuestras fuerzas.

Cruzan estas ideas por mi mente al ver en esta villa *sin ocupacion* ni beneficio mil hombres robustos y dispuestos: son penados. Háse *semi-establecido* aquí, por razones puramente políticas, una penitenciaria; quiso su ilustrado director organizar talleres, pero faltos de mercado y de estímulo, han vuelto á cerrarse; por

donde resulta que las aptitudes, los conocimientos, la vida de un importante número de españoles es completamente inútil, si no nocivo, al resto de la patria.

Porque si á lo ménos este tiempo y esta privacion de libertad sirviesen para su mejora, fuera en gracia; pero sabemos todos que esas masas de hombres ociosos se convierten de ordinario en escuelas de criminales.

¿Tenemos medios y ocasion propicia para emplearles en el bien comun? Yo entiendo que sí: acaba la Exposicion de Amsterdam de patentizar nuestra aptitud para la colonizacion; tenemos extensos territorios desamparados; ruedan por las columnas de nuestras publicaciones proyectos de colonias militares... ¿por qué no establecemos *colonias penitenciarias*?

La poblacion penal asciende en el dia á cerca de 20.000 varones; tres cuartas partes de ese número oscilan entre veinte y cincuenta años; admitamos que no más los dos tercios trocaren *voluntariamente* sus hierros y sus cuadras por una libertad relativa en Mindanao, en la abandonada y fértil Paragua, en Cuba, en las montañas de Fernando Póo, y contaríamos con base y fuerza para fundar desde luégo diez pueblos ó cincuenta aldeas.

Voluntariamente, decimos, habia de ser el cambio de condena por el momento, pues que la sociedad no tiene derecho á agravar ni suavizar la pena; pero reformando el Código, muchos delitos pudieran castigarse con la deportacion temporal. El hombre se asimila, se arraiga tan pronto en el lugar que habita, adquiere afecciones é intereses tan vivos, que pocos deportados regresarian á la Península. Y no creo mortificara nuestro orgullo ni lesionara nuestra Hacienda la creacion de unos Estados-Unidos.

Cierto que en nuestras leyes es costumbre yagan sin cumplimiento muy buenas cosas, y entre ellas los socorros y facilidades prometidas á los pobladores de Filipinas: ni áun se conocen vulgarmente. Una Revista, como la que se digna acoger mis apuntes, no podia sin embargo dejar esta cuestion desapercibida.

Vengan á formularla, realícenla los que en posicion se encuentren, y si de algo vale, cuenten con el exiguo apoyo de mi pluma y mi persona.

J. DE HUELRES.

HISTORIA

I

Era hermosa y gentil, era doncella; pero, soñando al fin campos de flores, la luz tremenda de su mala estrella la derribó en el fango del placer. Ella reflexionó que su caida era una llaga cruel, pero incurable, y dando tropezones en la vida á cada instante se la vió caer.

II

Los años se pasaron; entre tanto, su faz tornóse pálida y marchita, y el alma fatigada en su quebranto voló del cuerpo á otra region mejor: que hay una fuerza singular que atrae el cuerpo al fin á corrompido cieno. y el que cae una vez, cien veces cae en este mundo por demás traidor.

S. TORRES ABANDERO.

Caracas: 25 de Abril de 1884.

ESCENAS DE LA VIDA ESPAÑOLA

SOLEDAD

Á DON JUAN VALERA

(Continuacion.)

Se detuvo, adivinando, por el gesto negativo de Soledad, que no amaba á nadie. Sin embargo, la aguja corria en aquel momento como un contrabandista perseguido por la Guardia civil.

—Así es que, jóven, linda, está Vd. enterrada como en el fondo de un claustro, sin distracciones, sin amor...

D. Luis, muy jóven, se detuvo de nuevo temiendo extralimitarse.

Soledad separó un poco el sillón de la chimenea, y

—¿No le parece á Vd. que hace calor?—dijo, impulsada por ese movimiento que obliga á hablar áun cuando no se tiene nada que decir. Después, súbitamente, se le escapó esta frase en un suspiro:—¡Ustedes los hombres son más afortunados!

—¡Oh! se equivoca Vd., señorita. Sólo es feliz aquél que sabe inspirar una pasión ardiente; el que halla un corazón amigo de depositar las penas y alegrías del suyo. Bien sabeis que «la vida sin amor es un desierto.»

Viendo que la aguja no se movía, que Soledad escuchaba atentamente, D. Luis continuó en un arranque de lirismo rebuscado al principio, pero en breve sincero:

—El amor... ¿sabeis lo que es el amor?...

Se lanzó el capitán en un monólogo sonoro, matizado de imágenes, abundante, algo exuberante y recargado, pero de una deleitosa música. A lo mejor de la peroracion, la voz ganosa de Doña Engracia, subiendo á unas alturas á que sólo llegan las voces femeninas españolas, derrotó la improvisacion del poeta, gritando por la puerta del corral:

—Señorita, que no se deja coger la gallina negra... Venga Vd. á ayudarme.

Envió D. Luis á los hondísimos avernos á Doña Engracia y á la gallina negra. Pero Soledad no se movió: con la cabeza reclinada contra el respaldo del sillón, los ojos humedecidos y velados por sus largas pestañas, las ventanillas de la nariz palpitantes, los labios entreabiertos, creía escuchar aún la armonía deliciosa del amor que por primera vez resonaba en sus oídos.

—Pero, señorita—volvió á chillar Engracia,—venga Vd.

Entónces Soledad se levantó, miró á Don Luis cara á cara, y arrancándose convulsivamente un clavel encarnado que llevaba en el cabello:

—¿Le gustan á Vd. las flores?—preguntó.

Pasó el clavel á un ojal de la levita de Don Luis, y avergonzada, con las mejillas lívidas; las manos temblorosas, desapareció por la puerta, tras la que Doña Engracia y la gallina negra sostenían un sañudo combate, poniendo en revolucion todo el vasto gallinero.

Sentimientos contrarios agitaron á D. Luis. «Una flor es una prenda,» se decía la vanidad satisfecha. «Loca incorregible, respondía la razón, ¿qué andaluza no da una flor al primero con quien habla?»

—¡Con todo, argumentó D. Luis en alta voz, esta Soledad es encantadora!

VI

Iban á sentarse á la mesa para cenar, cuando un hércules de unos quince años, con una zamarra de pieles, un ancho sombrero de fieltro y un cayado, entró en la habitacion como un lobo que huye. Ante tan crecida asistencia se detuvo echando en círculo una mirada oblicua, pues la

luz lastimaba sus pupilas, y se quitó el sombrero con inimitable rudeza. Era moreno, y tenía dos ojos de una hermosura rara, en los que lucía la altivez indomable de la raza árabe. Pero no pasaba de allí. Lo demás de la fisonomía, grosera, tallada á hachazos, prometía poca inteligencia. Habló con la cabeza entre los hombros.

—Pae cura—dijo,—mi ama las está liando y pide la unción.

—Y, ¿de dónde eres tú?—preguntó D. José.

—De Campiñuela. Soy el vaquero de la tía Juesa.

No teniendo cura Campiñuela, esta misión corresponde al de Tobaruela. D. José no dejó ver el más mínimo movimiento de disgusto.

—¿Tienes hambre?—dijo al vaquero.

Este no respondió, pero dejó ver que sí por las miradas que dirigía á la mesa.

—Engracia, dé Vd. algo á ese chico. Come, que ahora vamos.

—Y ¿su mercé no va á comer?—exclamó Doña Engracia.

—No—respondió D. José,—no tengo apetito ninguno; y en primer lugar, hija, los que se mueren no tienen tiempo para esperar.

Luégo, ofreciendo la diestra á D. Luis:

—Amigo mio—añadió,—siento en el alma dejarle á Vd.; pero primero es la obligación que la devoción. Probablemente no estaré aquí sino mañana á las siete, y Vd. se marcha al alba. No tendré, por lo tanto, el gusto de volver á ver á usted. Pero si cuando acabe la guerra quiere usted honrarme con una visita, mataremos una perdiz juntos. Sabe Vd., con franqueza. ¡Ah! inútil es añadir que le dejo á Vd. amo de la casa.

Besó á su sobrina, recomendó á su ama que nada faltase á los militares, y suplicó al sacristán Agustín que le ensillase la mula mientras él iba á la iglesia en busca del santo óleo. Como el vaquero se ponía de pie:

—Come, come, yo te llamaré.

Diez minutos después partieron á campo traviesa, caballero D. José en una mula que hacía resonar alegremente los cascabeles del arnés; el vaquero delante, llevando al animal del ramal y con un farol en la mano.

Se quejó amargamente Doña Engracia de la mala vida que se daba su amo, y siguió una serie intempestiva de apóstrofes contra las malas lenguas que pintaban á los sacerdotes como gente comilona y holgazana. Por analogía giró la conversación sobre la vida militar, y Doña Engracia no puso obstáculo en reconocer lo que tenía de desagradable.

—Sobre todo en tiempo de guerra—añadió.—Así, esta noche está Vd. aquí bueno y sano, y tal vez mañana... ¡Jesús! ¡sólo de pensarlo se me pone el pelo de punta!

La idea que D. Luis podía morir oprimió el corazón de Soledad y sintió irresistibles ganas de llorar.

—Sí, señor—aventuró tímidamente el sacristán,—pero también este caballero puede llegar á general.

Agustín era viejo, muy viejo, y tenía una voz cavernosa que parecía subir de su estómago.

—Verdad es—respondió D. Luis;—pero lo más atractivo de la vida militar es precisamente el peligro, esa continua lucha con la muerte en plena salud.

Montó D. Luis el corcel épico y, con habilidad dramática, esbozó la sorpresa de un campamento entre las sombras de la noche; el desconcierto del primer instante, los gritos de los fugitivos que de pronto detenía la voz potente del jefe, los soldados acudiendo alrededor de aquella voz, animándose con el valor de su capitán, tomando la ofensiva, arrollando ante ellos al

enemigo, persiguiéndole hasta sus trincheras.

Hablaba D. Luis como verdadero poeta, y Soledad creía el cuento sucedido. Oía el relincho de los corceles, el entrecanto que de los combatientes, el chis chas de las armas, el tiroteo de la fusilería, los clamores de los vencedores que apagaban los ayes de los moribundos, pisoteados por hombres y caballos en la espantosa confusión; y él, D. Luis, con el pecho abierto, pero inquebrantable, de pie, en lo más terrible de la refriega, haciendo heroicos esfuerzos, blandiendo la fulgurante espada que no caía sino para segar una existencia.

Detúvose D. Luis para respirar, y Soledad le siguió mirando sin reparar en la actitud de Cabañas, que parecía decir: «¿A que se lo manduca con los clisos?» ni los elogios de Engracia, para quien D. Luis «hablaba como un predicador,» ni el asombro que embrutecía la cara plácida de Agustín. Nada notaba ni nada veía, salvo Don Luis; y éste, sabiendo cuánto efecto producía, citó los placeres íntimos que experimentaba el soldado cuando, después de la batalla, podía besar un retrato, una sortija, una cinta de su amada, pues él, como los antiguos caballeros, sólo combatía por su Dios, su patria y su dama.

Soledad seguía inmóvil, con la vista extraviada, entrecortada la respiración, fascinada, vencida.

—Señorita—dijo de pronto el ama,—el rosario.

Sacaron estas palabras á Soledad de su abstracción, tomó de manos de Engracia un rosario de sándalo bastante gordo, y bajando los párpados comenzó con melodioso acento: «Padre nuestro, que estás en los cielos...»

Rezaba también D. Luis; pero, á pesar del rezo, se embriagaba con el perfume de candor que esparcía la jóven, enumeraba mentalmente, analizándolos, cuantos encantos contemplaba, y sucedió que una vez, al oír decir «Padre nuestro,» él respondió: «Ave María.»

Terminado el rosario se sentaron junto al fuego, D. Luis al lado de Soledad, el ama enfrente; fué Agustín á tocar la oración y Cabañas salió á dar una vuelta por el pueblo. No tardó Doña Engracia en cabecear, soltar puntos de la media que había tomado y dormirse por completo.

GARCÍA-RAMON

(Continuará.)

MISCELÁNEA

Se ha expedido real carta de sucesión en el título de Marqués de Peraman, uno de los correspondientes á la ilustre casa de Atarés, á favor de la distinguida y virtuosa señora Doña Juana Bautista Villanueva y Parré, hija del último Conde de dicho título y esposa del reputado jurisconsulto aragonés, Fiscal de la Asamblea de la ínclita orden de San Juan de Jerusalem en la Lengua de Aragón, D. Feliciano Ximenez de Zenarbe.

La cédula de concesión, que hemos tenido ocasión de ver, es un elegantísimo trabajo heráldico de mérito artístico relevante y de irreprochable buen gusto.

Nuestra enhorabuena á los nuevos Marqueses, con cuya amistad nos honramos.

Desde hace algunos años se ha hecho la piel de los caimanes y de los cocodrilos un objeto de lujo muy de moda, que sirve para la fabricación de carteras, petacas, porta-monedas, etc. Como la demanda ya es muy considerable, se han formado compañías de cazadores de caimanes que han hecho tales estragos en las familias de saurios en las márgenes del Mississippi, que se puede prever el momento en que desaparezca por completo la raza entera.

En vista de esta eventualidad, ha pensado un cazador de caimanes que en vez de destruirlos valía más

el criarlos, y de esta idea nacieron las granjas de aligatros. La cria es sencillísima por los pocos cuidados que exigen aquellos saurios, que pasan la mayor parte del día metidos en el cieno en las orillas del río.

No se matan más que los machos que han adquirido todo su desarrollo, y se deja vivir á las hembras y á los pequeños. Se les quitan cuidadosamente las pieles, que reciben en la granja una primera preparación. En cuanto á la carne, tiene un olor de almizcle tan persistente, que únicamente la comen algunos negros. Se aprovecha para la alimentación del rebaño, porque los aligatros se comen unos á otros sin escrúpulo.

Esta cria de aligatros está tan floreciente, que se cita una sola granja que ha entregado á un curtidor de San Luis 5.000 pieles desde el principio del año actual.

El primero que tuvo la idea de curtir las pieles de aligatros y cocodrilos fué un francés. Hace algunos años se le ocurrió á M. Arnuld utilizar las pieles, por las cuales pagaban considerables primas las autoridades coloniales de Saigon, á fin de animar á los indígenas y á los colonos á la destrucción de aquellos animales peligrosos. El procedimiento ha tenido buen éxito y hoy es ramo importante del comercio de curtidos.

Dan una idea de lo caudaloso que es el Misisipi de América los siguientes datos:

La cantidad de agua que este río da cada año al mar, es de 14.833.390.656.880 piés cúbicos, y la del redimiento durante el mismo tiempo, es de 18.188 millones 082.892; el área del delta de este mismo río, según la estimación de Lyell, es de 13.000 millas cuadradas; su profundidad, según el profesor Riddel, de 1.056 piés.

El delta, según estas cifras, comprende piés cúbicos 400.878.429.440.000. Si se necesitan para la formación de una milla cúbica del delta cinco años y ochenta y un días y para la formación de una milla cuadrada de la profundidad de 1,056 piés un año y diez y seis días, se han necesitado para la formación 14.208 años.

El ejército belga se va á vestir con telas impermeables que impidan el contacto de toda humedad con el cuerpo de soldado. Al efecto se vienen haciendo experiencias, empapando telas en un líquido con alumina, y éstas, después de secas, adquieren una impermeabilidad absoluta que persiste sin alteración alguna durante dos años, á pesar de los lavados y otras operaciones á que se someten las ropas. De esta importante aplicación se propone el Gobierno belga grandes ventajas, y en la imposibilidad de preparar todo el vestuario del ejército, ha mandado que en las fábricas de paños de que se surte aquella milicia se verifique la inmersión de todas las telas de cualquier color que sean, pues no las altera en esta circunstancia, por lo cual tan severas se muestran todas las ordenanzas de los ejércitos en los Estados europeos.

Lo que más satisface en esta notable preparación, es que, si bien la tela no permite pasar la humedad exterior al cuerpo, no opone, sin embargo, obstáculo alguno á la traspiración cutánea, á la que no dejan paso las telas engomadas conocidas desde antiguo, y con las cuales se hacen prendas impermeables que se usan ordinariamente.

PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA Y EXTRANJERO

	Semestre.	Año.
Madrid....	6,50 ptas.	12 ptas.
Provincias.....	7 »	12,50 »
Extranjero.....	15 »	25 »

PROVINCIAS ULTRAMARINAS Y REPÚBLICAS AMERICANAS.

Á PAGAR EN ORO.

Cuba y Puerto-Rico.....	3 pesos fs.	5 pesos fs.
Filipinas y Repúblicas americanas.....	3 »	5 »

La correspondencia se dirige á D. Jesús Pando y Valle, calle de Ruiz, 18, segundo, Madrid.

MADRID.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 10.